

Crisis y reestructuración mundial del capital

José Fernández García

Departamento de Política y Cultura

Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso, 1100 - Col. Villa Quietud, Coyoacán

04960 México, D.F. - México

Crisis y reestructuración mundial del capital

RESUMEN

Mientras subsista el modo de producción capitalista, las fases de crisis seguirán siendo la expresión violenta de la imposibilidad de continuar sobre las mismas bases y, consecuentemente, de la necesidad de redefinir las condiciones para la acumulación del capital. En este artículo, se analiza, primero, la contradicción fundamental del capitalismo: producción social-apropiación privada; después, se estudia el porqué y el qué de las crisis generales; en tercer lugar, se exponen, a grandes trazos, las principales transformaciones ocurridas en la estructura económica de los países más desarrollados y de la economía mundial en su conjunto y, finalmente, se presta particular atención a los cambios habidos en las condiciones objetivas y subjetivas para la venta de la fuerza de trabajo.

Crisis and World Restructuration of Capital

ABSTRACT

While capitalistic production subsists, crisis will continue to be the violent expression of the impossibility of continuing on the same basis and, as such, of the need of a redefinition of the conditions for capital accumulation. In this article, we analyze, first of all, the fundamental contradiction of capitalism: social production-private appropriation; afterward, we study why and what of general crisis; in third place, we show the main transformations occurred in the economic structure of the most developed countries and in the world economy, with special attention to the changes in the objective and subjective conditions for the selling of the labour force.

Crisis y reestructuración mundial del capital¹

INTRODUCCIÓN

Desde los años setenta diversos términos han estado en boga en la jerga económica, y han trascendido de los círculos de especialistas para difundirse en los titulares de los medios de comunicación masiva. Así, con mucha frecuencia se han conocido declaraciones u opiniones que se refieren a “ajuste”, “desindustrialización”, “reconversión industrial”, “modernización” y “flexibilización del mercado de trabajo”, por señalar sólo algunos de ellos; más aún, generalmente y sobre todo cuando son empleados por quienes detentan el poder, se reitera que se abordan desde una posición “pragmática”, “no ideologizada” (como si tal cosa fuera posible) y que se trata de medidas o de procesos “necesarios” o en curso, o bien de metas u objetivos a lograr, según sea el caso.

Pero esa notable difusión no ha sido fortuita: tiene su origen en la profunda crisis estructural por la que atraviesa el sistema capitalista mundial desde finales de los años sesenta, así como en los múltiples efectos perniciosos que la misma ha tenido no solo sobre la clase trabajadora, sino sobre la enorme mayoría de la población en general. Esto es, *tales términos surgen por y en la crisis*.

El modo de producción capitalista conoció, *grosso modo*, una larga fase de auge desde el término de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años sesenta (dentro de la cual se presentaron, como es natural, periodos de crisis) y desde entonces se encuentra inmerso en una larga fase de crisis (en la que ocurren periodos más o menos prolongados de crecimiento y mejoría de los

1. Este artículo fue elaborado inicialmente como un trabajo para el curso “Política industrial en las economías más desarrolladas” dictado por la Dra. María Callejón como parte del Programa de Doctorado en “Economía internacional y desarrollo”. Agradezco las sugerencias y comentarios que me hicieron al artículo las profesoras Callejón y Susana Gordillo, el profesor Pedro Talavera y el catedrático José María Vidal Villa, todos ellos miembros del Departamento de Política Económica y Estructura Económica Mundial de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, así como el profesor Roberto Burguet, de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma de Barcelona. Evidentemente, el autor es el único responsable de las ideas planteadas en el artículo.

principales agregados macroeconómicos, pero con la amenaza y el temor permanentes de “desequilibrios”).

De ahí que las pasadas décadas de los años cincuenta y sesenta hoy sean llamadas por varios autores las de los “años dorados” o la “edad de oro” del capitalismo (Boyer, 1984; p. 214; Arrighi, 1990, p. 45), y si bien hay diferencias radicales en la explicación del porqué de la crisis y en si se puede o no pensar que ya salió de ella, se reconoce que la economía mundial se mantiene “frágil” (Banco Mundial, 1988, p. 15), que a lo largo de los ochenta no se han “modificado las características sustanciales de la fase de crisis...” (Palazuelos, 1988, p. 12) o, por último, se afirma que el “crash” financiero de 1987 marcó “... el inicio de una cuarta fase de la crisis...” (Lipietz, 1989, p. 37)².

Más que estudiar las causas específicas que dieron lugar a la actual fase de crisis, en este artículo se analiza, primero, la contradicción fundamental del modo de producción capitalista: el carácter social de la producción *versus* el carácter privado de la apropiación. A partir de esa contradicción, se estudia el porqué de las crisis generales del modo de producción capitalista y se enfatiza qué es lo que se encuentra realmente en crisis, con una formulación en ambos casos que busca rescatar elementos que expliquen la situación actual más allá de los fenómenos aparentes. Después, se plantean las que pensamos han sido las transformaciones más importantes en la estructura económica de los países más desarrollados y de la economía mundial en su conjunto durante las dos últimas décadas, transformaciones con las que se pretenden (deliberadamente o no) “resolver” los problemas que obstaculizaron o incluso impidieron la valorización del capital en una proporción “suficiente”. Por último, se examinan en particular los cambios ocurridos en la relación capital-trabajo durante aquel mismo lapso, en el entendido de que esa relación contradictoria vincula a las dos clases sociales antagónicas, concluyendo que ha habido un serio deterioro en las condiciones objetivas y subjetivas para la venta de la fuerza de trabajo en perjuicio de esta última.

2. Son muchos los indicadores que reflejan que la situación imperante en los ochentas dista mucho de ser la lograda veinte años antes para la mayoría de los países capitalistas más desarrollados: por ejemplo, de 1980 a 1988, el promedio de las tasas de crecimiento del PIB o de la proporción de la inversión en el PIB conservan valores consistentemente inferiores y, por su parte, el desempleo se mantiene en tasas más elevadas (véase Fondo Monetario Internacional, 1989 y OCDE, 1984). En cuanto a la periferia o “Tercer Mundo” en su conjunto, la situación es cada vez más dramática, pues se encuentran en un proceso de deterioro en los niveles de vida aparentemente interminable.

ACERCA DE LA CONTRADICCIÓN PRODUCCIÓN SOCIAL - APROPIACIÓN PRIVADA

La característica fundamental del modo de producción capitalista radica en la contradicción existente entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. Conviene detenerse así sea solo por un momento en ambos extremos de la contradicción y observarla globalmente, antes de plantear las principales formas en que se manifiesta y el nivel en que se encuentra actualmente.

Por un lado, ¿qué significa el carácter social de la producción en el modo de producción capitalista? Responderemos a esta pregunta en varias etapas: primero, viendo su significado para la producción en general; después, para la producción mercantil y, por último, para la producción capitalista.

Así, ¿qué significa el carácter social de la producción en general? Mediante la producción en general el ser humano transforma y se apropia de los productos de la naturaleza en su propio beneficio (Marx, 1859). Pero para llevar a cabo esa transformación y esa apropiación el ser humano entra en contacto con sus semejantes³, establece relaciones con otros seres humanos para una mejor realización de las actividades necesarias para su subsistencia y reproducción, esto es, *establece relaciones sociales de producción*, de tal manera que el proceso de producción (por sencillo o complejo que sea, por breve o dilatado que sea) es prácticamente desde siempre un proceso *social* de producción⁴. Sin embargo, este proceso no solo proporciona las condiciones materiales de existencia en niveles cada vez más altos de bienestar a la sociedad que lo lleva a cabo, sino que simultáneamente y en la medida en que satisfaga efectivamente las necesidades y las expectativas de los integrantes de dicha sociedad, ese mismo proceso social de producción produce y reproduce las relaciones sociales de producción sobre las que se basa y, en consecuencia, a los sujetos portadores de esas relaciones (Marx y Engels, 1894, III, 8, p. 1042). Entonces, en síntesis, puede afirmarse que la producción es un hecho social puesto que es realizada por y para la sociedad; asimismo, al producir y reproducir socialmente su existencia material, la sociedad produce y reproduce tanto las relaciones previamente establecidas para llevar a cabo esa misma producción como a los individuos portadores de tales relaciones.

3. De aquí no debe concluirse que esta haya sido, históricamente hablando, la única razón por la que el ser humano vive en sociedad.

4. Esta socialización del proceso de producción ha dado lugar y se ha acelerado con la división social del trabajo.

En ese sentido, el proceso capitalista de producción es ante todo un proceso social de producción específico con condiciones materiales y relaciones sociales de producción que le son propias y características: surge como resultado del agotamiento de las formas previas de organización de la sociedad y significa una evolución respecto a ellas, entendiendo a "la sociedad" tan solo en cuanto a su estructura económica, en cuanto a "... la totalidad de esas relaciones con la naturaleza y entre sí en que se encuentran y en que producen los portadores de esa producción..." (Marx y Engels, 1894, III, 9, p. 1042). En el proceso capitalista de producción, como en los que le antecedieron, las condiciones materiales y las relaciones sociales que le son propias y características también evolucionan y lo harán hasta su agotamiento, "momento" en el que será sustituido por un proceso social de producción superior.

Como en todo proceso de producción mercantil, en el proceso capitalista de producción no se producen productos sino mercancías, y estas no se convierten realmente en tales sino hasta su realización y posterior consumo por la sociedad⁵, de aquí que su realización y por ende su consumo significan una "sanción social" sobre la producción; más aún, no es sino hasta el final de proceso⁶ cuando la sociedad ratifica o no la cantidad producida de cada una de los múltiples tipos de mercancías y, por ese medio, ratifica la cantidad de trabajo que la misma sociedad ha invertido en la producción de esas mercancías. Así, aparece la sociedad sancionando *ex post* a la producción.

Aún hay más: el proceso capitalista de producción no es solo un proceso de producción de mercancías sino que es un proceso de producción y apropiación de plusvalor:

"Como unidad del proceso laboral y del proceso de formación de valor, el proceso de producción es proceso de producción de mercancías; en cuanto unidad del proceso laboral y del proceso de valorización, es proceso de producción capitalista". (Marx y Engels, 1894, I, 1, p. 239; subrayado en el original).

Ciertamente, en las sociedades capitalistas se producen mercancías, sin importar si se trata de medios de producción o de medios de subsistencia; pero estas mercancías son tan solo un medio para valorizar el capital inicialmente adelantado; son tan solo un medio con el que los capitalistas buscan alcanzar su objetivo último: la ganancia; son tan solo un medio con el que el capital pretende

5. Sin importar si se trata de consumo productivo o individual.

6. Final y, simultáneamente, principio del proceso, pues la realización y sobre todo el consumo de las mercancías crean a su vez la necesidad de una nueva producción, o sea, la necesidad de restituir la mercancía consumida.

completar su circuito: convierte su capital-dinero inicial en medios de producción y fuerza de trabajo para producir mercancías que al venderlas proporcionen la suma de valor original más una cantidad adicional (la ganancia), suma que reiniciará el circuito convirtiéndose en medios de producción y fuerza de trabajo como si de una masa de capital-dinero inicial se tratara. Y esas mercancías, como ya se señaló, necesitan ser vendidas y, por tanto, consumidas por la sociedad, de aquí que, al igual que con cualquier producción mercantil, la sociedad sanciona *ex post* la cantidad producida de cada tipo de mercancía y con ello la cantidad de trabajo social invertido en la producción de cada tipo de mercancía y, así, finalmente, determina la posibilidad y la medida en que el capital inicial adelantado logra efectivamente valorizarse.

Volvamos ahora a la pregunta original: ¿qué significa el carácter social de la producción en el modo de producción capitalista? Significa, primero, que el proceso capitalista de producción es *una* forma de organización que se da a sí misma la sociedad y que es producto de su desarrollo histórico, o sea, *es la sociedad organizada de cierta forma la que produce*. Segundo, como resultado de ese proceso, la sociedad no solo produce y reproduce su existencia material sino también su forma de organización, esto es, las relaciones sociales que ella misma establece y, con ello, a los individuos portadores de esas relaciones:

“El proceso capitalista de producción, considerado en su interdependencia o como proceso de reproducción, pues, no solo produce mercancías, no solo produce plusvalor, sino que produce y reproduce la *relación capitalista* misma: por un lado *el capitalista*, por el otro *el asalariado*” (Marx y Engels, 1894, I, 2, p. 712; subrayado en el original).

Es decir, *es la propia estructura económica de la sociedad la que se reproduce*. Tercero y último, al adquirir las mercancías producidas, la sociedad sanciona a la producción: sanciona la cantidad producida de cada una de las mercancías y, a través de ello, la cantidad de trabajo social destinado a producir la totalidad de cada una de las mercancías producidas; es decir, *es la misma sociedad la que ejerce una sanción sobre la producción*.

Pasemos ahora al otro extremo de la contradicción que define al modo de producción capitalista: ¿qué significa el carácter privado de la apropiación? Para responder a esta pregunta hay que empezar señalando que en las formaciones sociales capitalistas, unos pocos individuos (los capitalistas) son los propietarios de los medios de producción y por ese “simple” hecho son también los dueños de lo que se produce:

“... la propiedad aparece ahora, de parte del capitalista, como el *derecho* a apropiarse de *trabajo ajeno impago* o de su producto; de parte del obrero, como

la imposibilidad de apropiarse de su propio producto..." (Marx y Engels, 1894, I, 2, p. 721; subrayado en el original).

Sin embargo, aunque esto es correcto, es necesario explicar por qué y para qué se produce, y especificar cuáles son las implicaciones que tiene esa forma de propiedad de los medios de producción y, consecuentemente, del producto.

Ya se señaló que el proceso capitalista de producción es más que un proceso de producción de mercancías, que es ante todo y sobre todo la unidad de un proceso de trabajo y de un proceso de valorización. Ciertamente, esas mercancías en las que se materializa el plusvalor y, por tanto, la ganancia, son valores de uso, esto es, son productos que satisfacen necesidades sociales específicas, pero esta es una condición solo necesaria de la producción capitalista, pues *esas mercancías se producen única y exclusivamente si los capitalistas consideran que al hacerlo obtendrán una ganancia que incremente en una proporción "suficiente" el monto de capital del que disponían al inicio del proceso*. Más aún: al producir, el capitalista no solo aspira a avalorar (incrementar) su capital en la mayor proporción posible, sino que *necesita* hacerlo de manera continua si quiere subsistir como tal. Y esta es una condición *sine qua non*, ya que en el momento mismo en que deje de valorizar su capital, deja de ser capitalista y desaparece en cuanto tal: "... Nunca, pues, debe considerarse el *valor de uso* como fin directo del capitalista. Tampoco la ganancia aislada, sino el movimiento infatigable de la obtención de ganancias..." (Marx y Engels, 1894, I, 2, p. 187). Y estas son las respuestas a por qué y para qué se produce.

Ahora bien, los capitalistas, por el "simple" hecho de ser los propietarios de los medios de producción, son quienes deciden, de manera individual y en competencia unos con otros, qué, cómo, cuánto, cuándo y dónde se produce. Y esas decisiones respecto a la producción tienen dos implicaciones fundamentales e inmediatas: por una parte, determinan la forma, la proporción y las condiciones en que la sociedad distribuye la fuerza de trabajo y, por tanto, la capacidad de trabajo de que dispone entre las diversas ramas de la producción; esto es, esas decisiones definen cuántos (y quiénes) son los que trabajan y en qué condiciones lo hacen, y, por ende, cuántos (y quiénes) son los que no trabajan, los que permanecen desempleados.

Y, por otra parte, aquellas mismas decisiones respecto a la producción significan a su vez decisiones acerca de qué, cómo, cuánto, cuándo y dónde se consume (así como cuántos y quiénes consumen, en la medida en que establecen cuántos y quiénes trabajan).

Hasta aquí han quedado planteados los dos extremos de la contradicción fundamental del modo de producción capitalista. Vista globalmente, dicha contradicción radica en esencia en que el carácter privado de la propiedad de los

medios de producción les otorga a unos cuantos individuos (los capitalistas) tanto el derecho a decidir qué, cómo, cuánto, cuándo y dónde se produce, persiguiendo el objetivo (necesidad) de valorizar (incrementar) de manera continua y en la mayor proporción posible el capital inicial adelantado como el derecho a apropiarse del producto del trabajo de la sociedad, en contraposición al ineludible carácter doblemente social de esa misma producción (en cuanto al acto mismo de producir y en cuanto al consumo de esa producción) como expresión de la necesidad de toda sociedad de asegurarse sus condiciones materiales de existencia. Dicho de otra manera: la forma en que la sociedad está organizada para llevar a cabo el proceso de producción que le garantice sus condiciones materiales de existencia hace que quienes producen (en general, los trabajadores) no sean quienes decidan qué, cómo, cuánto, cuándo y dónde se produce ni sean en consecuencia los propietarios de lo que producen por el "simple" hecho de no ser los propietarios de los medios de producción: esto es, *el producto no pertenece a quienes lo producen y las decisiones respecto a la producción no las toman quienes efectivamente producen.*

¿Cuándo se resolverá esta contradicción? Parafraseando a Marx y Engels: solo cuando la producción se halle efectivamente bajo un control redeterminante real del conjunto de la sociedad y no de un puñado de sus integrantes (1894, III, 6, p. 237), lo cual significa necesariamente la transformación de la estructura económica de la sociedad y la consecuente modificación de su superestructura. Es decir, la desaparición del modo de producción capitalista. Pues ante todo hay que recordar que:

"El capital no es una cosa, sino determinada relación social de producción... El capital no es la suma de los medios de producción materiales y producidos. El capital son los medios de producción transformados en capital, medios que en sí distan tanto de ser capital como el oro y la plata en sí, de ser dinero..." (Marx y Engels, 1894, III, 8, p. 1037).

Ahora bien, la contradicción señalada adopta varias formas, de las cuales cabe destacar, sin jerarquizar, las siguientes. Primera: las condiciones materiales de existencia del conjunto de la sociedad (esto es, del conjunto de clases y sectores sociales que la integran) dependen, en última instancia, de las decisiones individuales de un puñado de sus integrantes (la clase capitalista), quienes actúan movidos por la necesidad de obtener de manera continua la máxima ganancia en beneficio propio: en las formaciones sociales capitalistas no se produce buscando satisfacer las necesidades sociales *per se*, no se produce con el objetivo de mejorar las condiciones de vida del total de la población, sino que se produce para obtener ganancias, se produce para satisfacer la demanda solvente con mercancías que tienen un precio que incluye ya la ganancia

capitalista.

Una segunda forma en que se manifiesta la contradicción radica en que el carácter individual y aislado de las decisiones de producción da lugar, en muchas ocasiones y una vez que se las considera socialmente, a efectos contrarios a los inicialmente deseados: así, por ejemplo (y este es el caso más relevante desde la perspectiva capitalista), mientras que cada fracción individual de capital se acumula procurando obtener la máxima tasa de ganancia posible, el efecto final, social, es precisamente su opuesto: la presión que tiende a hacer descender esa misma tasa de ganancia que se busca potenciar.

Ya se indicó que la producción capitalista, en tanto que producción mercantil, se ve sujeta necesariamente a la sanción social pues las mercancías producidas deben venderse y consumirse; asimismo, se señaló que para el caso del proceso capitalista de producción esa sanción social implica la determinación de la cuantía real en que el capital inicialmente adelantado logra efectivamente valorizarse. Así, y esta sería la tercera forma de manifestarse la contradicción analizada, por más concentrado y centralizado que se encuentre el capital, siempre tendrá que enfrentar ese refrendo social posterior a la materialización de sus decisiones de producción y, por tanto, de acumulación.

Pero la contradicción producción social *versus* apropiación privada también se expresa en el hecho de que las decisiones individuales de los propietarios de los medios de producción respecto a qué, cómo, etc., se produce, se traducen en la forma y la proporción en que la sociedad distribuye la fuerza y, por tanto, la capacidad de trabajo de que dispone entre las diversas ramas de la producción, así como en la cantidad de esa fuerza de trabajo disponible que es efectivamente utilizada y, por consiguiente, la cantidad que permanece ociosa. Es decir, las decisiones de unos pocos individuos (los capitalistas) persiguiendo objetivos privados (la valorización de su capital) definen la visión social del trabajo.

Las mismas decisiones individuales en relación con la producción significan a su vez decisiones acerca de qué, cómo, cuánto, cuándo y dónde se consume, esto es, las decisiones individuales en la producción persiguiendo objetivos particulares determinan el consumo de la sociedad entera, siendo esta otra manifestación de aquella misma contradicción: el conjunto de la sociedad consume (o deja de consumir) lo que un puñado de individuos (los capitalistas) deciden producir (o dejar de producir). Las "necesidades sociales" importan solo en la medida en que sean *necesidades sociales solventes*: consume quien puede pagar el precio de la mercancía, precio que incluye la ganancia para el capitalista.

Es frecuente encontrar ejemplos de estas manifestaciones de la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación: mercancías sin vender almacenadas o arrojadas al mar para impedir que bajen

sus precios a pesar de que haya gente que las necesite, fábricas cerradas a pesar de haber desempleo, lujo y marginación conviviendo simultáneamente, etc.

En la actualidad, esta contradicción ha alcanzado cotas muy elevadas en virtud del grado de concentración y centralización logrado por las fracciones más desarrolladas del capital: las grandes empresas transnacionales o, si se prefiere, multinacionales. La producción capitalista supone ya en sí misma cierto grado de concentración y centralización del capital, pero el propio desarrollo del modo de producción capitalista ha llevado a que hoy día unos pocos cientos de empresas determinen qué, cómo, cuánto, cuándo y dónde se produce *a nivel mundial*. Con ello, esas mismas empresas deciden qué, cómo, cuánto, cuándo y dónde se consume (así como quiénes consumen) *a nivel mundial*. Hoy día, esas mismas empresas son las que definen la división social del trabajo *a nivel mundial*. Hoy día, esas mismas empresas explotan directa e indirectamente a la fuerza de trabajo *a nivel mundial*. Hoy día, esas mismas empresas han llegado a conformar un verdadero mercado de “emplazamientos para la producción” *a nivel mundial* (Fröbel, *et al*, 1980, pp. 137-164). Hoy día, esas mismas empresas compiten por valorizar su capital *a nivel mundial*. Así, en síntesis, hoy día el capital se valoriza *a nivel mundial*⁷.

“El paso del mercado interno nacional al mercado interno mundial está siendo un proceso contradictorio en el que se enfrentan, por un lado, los siempre difíciles equilibrios en la contradicción capital/trabajo a escala nacional, y los intereses propios del capital nacional, y, por otro lado, las exigencias de la realidad de la internacionalización y los intereses del capital internacionalizado...”

“... La jerarquización que en el Centro impone la internacionalización, crea, así, una contradicción entre el “interés nacional” y el interés del capital integrado en la internacionalización...” (Vidal y Martínez, 1987, p. 143; subrayado en el original).

Y esto va siendo tanto más ciertocuantos más va penetrando el capital en las formaciones sociales de Europa del Este (incluyendo Yugoslavia) y China.

7. Y no hay que olvidar que, hoy día, el capital dinero de préstamo se mueve incesantemente a través de unos cuantos bancos y sociedades de inversión que actúan *a nivel mundial*.

EL PORQUÉ Y EL QUÉ DE LAS CRISIS CAPITALISTAS

Pero, ¿por qué la contradicción producción social *versus* apropiación privada da lugar necesariamente a las fases de crisis? La propiedad privada de los medios de producción implica que las decisiones acerca de la producción son tomadas de manera individual y aislada por cada capitalista a partir de su propia apreciación de las posibilidades de valorización de su capital, en competencia con los demás productores que operan en la misma rama y en la sociedad en su conjunto, e implica también que la producción se convierte tan solo en un medio para llevar al máximo posible la valorización de su capital. Pero no es sino hasta el momento en que el conjunto de capitalistas enfrenta sus mercancías ante la "sanción: social del mercado cuando los capitalistas saben en qué medida han valorizado efectivamente su capital; o sea, no es sino hasta el momento en que venden sus mercancías cuando saben si sus anteriores decisiones en la producción fueron o no acertadas y en qué medida.

Cuando las perspectivas del mercado son "buenas", esto es, cuando cada capitalista considera que podrá vender sus mercancías a un precio que le deje al menos la tasa de ganancia media, transforma su capital dinero en medios de producción y, por supuesto, en fuerza de trabajo, y produce para satisfacer esa demanda en la medida de sus posibilidades (sin olvidar que esas posibilidades se amplían gracias al crédito). Pero esas perspectivas favorables del mercado suelen ser percibidas por todos los capitalistas de la rama o las ramas de la producción de que se trate, y, en consecuencia, todos ellos tienden a transformar su capital dinero en medios de producción y fuerza de trabajo para producir y así aprovechar (recurriendo incluso al crédito) esas nuevas posibilidades de valorización, dando lugar a que se produzca en exceso (a que se "sobreproduzca") en relación con la magnitud de la demanda solvente y, por ende, con el precio de la mercancía, lo cual no es sino expresión de que la acumulación ha sido excesiva, de la existencia de sobreacumulación de capital.

En términos más abstractos habría que decir que las "unidades" de capital son acumuladas en las ramas que en cada "momento" se considera proporcionarán una mayor rentabilidad, pero socialmente esto conduce a una acumulación excesiva, a una sobreacumulación de capital en esas ramas (excesiva para las posibilidades de valorización del capital acumulado, y no necesariamente

excesiva para las necesidades sociales⁸). Así, la imposibilidad de vender las mercancías producidas a un precio que proporcione la tasa de ganancia mínima aceptable por los capitalistas provoca que el sistema entre en crisis, y si esto ocurre en las ramas más dinámicas de la actividad económica, o sea en aquellas en la que se está llevando a cabo la mayor acumulación, la crisis se vuelve una crisis general.

La presencia de diversos capitalistas en las distintas ramas de la producción compitiendo por valorizar su capital con la máxima rentabilidad posible da lugar a que el capital se acumule, por un lado, en las ramas que posibiliten una mayor tasa de ganancia y, por otro lado, procurando aumentar constantemente la fuerza productiva del trabajo. Individualmente, cada capitalista busca constantemente maximizar su beneficio, pero lo tiene que hacer mediante mecanismos que socialmente dan lugar a la caída de la propia tasa de beneficio y, por tanto, dan lugar a las crisis.

La crisis existe en la medida en que el capital no se valoriza en la misma proporción que en los años de auge; *se trata siempre de una crisis del y para el capital y, en esa medida, se trata de una crisis del conjunto del sistema*. ¿Acaso se habla de crisis en los años de auge (verbigracia, los años cincuenta y sesenta de este siglo) a pesar de la existencia de altas tasas de desempleo en grandes zonas (p. ej., en el "Tercer Mundo")? ¿Acaso se reconoce la existencia de una crisis en el sistema capitalista mundial porque existan millones de seres humanos padeciendo hambre y desnutrición (p. ej., en África⁹)? ¿Acaso son manifestaciones de crisis las permanentes y notables diferencias en el nivel de vida

8. "No se producen demasiados medios de subsistencia en proporción a la población existente; por el contrario. Se producen demasiado pocos como para satisfacer decente y humanamente al grueso de la población.

"No se producen demasiados medios de producción para ocupar a la parte de la población capaz de trabajar, por el contrario..."

"Pero periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia. Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y el plusvalor contenidos o encerrados en ellas, bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista y reconvertirlo en nuevo capital, es decir para llevar a cabo este proceso sin explosiones constantemente recurrentes.

"No se produce demasiada riqueza. Pero periódicamente se produce demasiada riqueza en sus formas capitalistas antagónicas." (C. Marx y F. Engels, pp. 330-331).

9. "... la inseguridad alimentaria es un problema en todo África: cerca de una cuarta parte de la población —más de cien millones de personas— no comen lo suficiente para llevar una vida laboral activa..." (Banco Mundial, 1989, p. 85); o bien, considérese que "... de 35 países en desarrollo de bajos ingresos, en 21 de ellos el suministro diario de calorías *per cápita* era inferior en 1985 que en 1965. Entre 1979 y 1983, la esperanza de vida al nacer disminuyó en nueve países de África al sur del Sahara... El gasto público en salud y educación en los países en desarrollo de bajos ingresos se estancó entre 1975 y 1984..." (Banco Mundial, 1988, p. 4).

entre los empresarios y sus obreros, incluso en los países más desarrollados? ¿Acaso tiene sentido hablar de crisis, p. ej., en las industrias textil, de la confección, de electrodomésticos, del acero, etc., ante la sola presencia de "necesidades sociales insatisfechas"? *No: se habla de crisis, se reconoce socialmente su existencia cuando el capital entra en crisis, cuando los capitalistas no obtienen ya la tasa de ganancia que habían estado obteniendo en los años de auge.*

Entonces, debe partirse de que se reconoce socialmente la existencia de crisis cuando lo es para la parte hegemónica de la contradicción capital-trabajo, o sea, para el capital.

Pero "el capital" es ante todo una relación social o, mejor dicho, *un tipo de relación social* que define dos partes claramente antagonicas, es decir, dos sectores de la población (clases sociales) cuyos intereses y posición ante la producción misma no solo es contradictoria, sino, más aún, es antagónica: la clase de los propietarios de los medios de producción (los capitalistas) y la clase de los no-propietarios de los medios de producción (la clase obrera o, en términos más amplios, la clase trabajadora)¹⁰.

El capitalismo es un modo de producción en el que prevalecen, son hegemónicas, las relaciones sociales de producción capitalista. Se trata de una forma dominante de organizar el trabajo y los recursos de la sociedad en la que unos pocos (los capitalistas) son propietarios tanto de los medios de producción como del producto mismo, en la que unos pocos (los capitalistas) son los responsables de las decisiones con base en las cuales se organiza la sociedad para la actividad productiva material que garantice su supervivencia y reproducción, estableciendo además en lo esencial todo el conjunto de criterios, normas, mecanismos e instituciones que definen la propia superestructura del sistema¹¹.

10. Ciertamente, estas dos clases sociales no agrupan a toda la población de una formación social capitalista cualquiera, pues sin duda hay que incluir también a los campesinos o agricultores y a esos otros sectores llamados "clase media", ni todas las contradicciones y luchas o conflictos al interior de cualquier formación social capitalista pueden reducirse necesaria y forzosamente a ser el reflejo inmediato de la contradicción burguesía-proletariado; lo que sí hace el planteamiento expuesto es indicar las clases sociales que son antagónicas en cuanto a sus intereses y a su proyecto político estratégico, esto es, a su concepción de la sociedad del futuro por vaga y general que esta sea.

11. Con esto no se pretende afirmar que sea única y exclusivamente la clase capitalista la que define la "superestructura" de una formación social capitalista determinada en un periodo dado ni se trata de definir algo tan completo y difícil como es la superestructura de un sistema, sino tan solo se afirma que *en lo esencial y en última instancia* esa superestructura responde a los intereses de los capitalistas como clase (en cuyo interior, por lo demás, siempre se reconocen diferencias y contradicciones), prevaleciendo en general los intereses de la fracción hegemónica.

Dada la amplitud, la profundidad, las características y la duración de los problemas y transformaciones que están teniendo lugar desde los años setenta, podemos afirmar que *lo que está en crisis es el conjunto de relaciones sociales de producción capitalistas*; la crisis ha venido a manifestar la imposibilidad de continuar funcionando sobre las mismas bases en que se había venido actuando desde el término de la segunda guerra mundial.

Pero la multiplicidad de fuerzas sociales (y, por tanto, políticas) genera una diversidad de concepciones y propuestas que pretenden superar (de manera efectiva o aparente) la actual situación, más aún cuando la escala de las operaciones para las fracciones más desarrolladas del capital está establecida a nivel mundial, al nivel del conjunto de formaciones sociales capitalistas. De ahí que la manera en que se pretendan “resolver” los problemas que imposibilitan o entorpecen el funcionamiento “normal” será el resultado del enfrentamiento de ese conjunto de concepciones y propuestas. Si, como está resultando actualmente, la “salida” de la crisis preserva lo esencial del modo de producción (el tipo de relaciones sociales y, por tanto, la contradicción a que ya se hizo referencia), prevalecerán los intereses de la fracción más desarrollada del capital en la que resulte “la nueva manera” de funcionar (en la actualidad, precisamente aquellas fracciones del capital en sus diversas formas que actúan a nivel de la economía mundial). Pero debe quedar clara la imposibilidad de establecer con precisión *a priori* las características futuras de esa nueva manera, pues incluso en el interior de los propios capitalistas existen intereses divergentes.

Sin embargo, al crisis tiene otro aspecto con frecuencia olvidado: en la crisis se “sanea”, se “reestructura” el capital; en la crisis se “redefinen” las nuevas condiciones en que ha de llevarse a cabo lo más importante: la conservación y reproducción de las relaciones sociales de producción. Y ese “saneamiento”, esa “reestructuración” se realiza necesariamente de manera violenta a través de tres procesos: primero, mediante la desvalorización de la fuerza de trabajo (donde el aumento del ejército industrial de reserva juega un papel fundamental); segundo, a través de la eliminación de capital (y, de paso, de capitalistas) vía su desvalorización (esto es, su desaparición en cuanto tales), dando lugar con ello a una mayor centralización del capital y, tercero, por medio de la imposición de las nuevas condiciones en que ha de efectuarse la acumulación y, por ende, la reproducción del capital al conjunto de la clase capitalista y, en particular, a la fuerza de trabajo (por ejemplo, con la imposición de condiciones objetivas y subjetivas para la venta de dicha fuerza de trabajo más favorables para el capital). *Y estos tres procesos son los que han estado teniendo lugar durante los últimos veinte años.*

EL CONTEXTO MUNDIAL: PROBLEMAS RECONOCIDOS Y TRANSFORMACIONES OCURRIDAS

Pero si la crisis supone la imposibilidad de seguir operando sobre las mismas condiciones anteriores, ¿qué significa esto de las “mismas condiciones”? A unos veinte años de haberse presentado los primeros síntomas de la actual crisis resulta más fácil establecer el porqué y el cómo de la misma, si bien existen sin duda múltiples interpretaciones al respecto. Sin embargo, las medidas tomadas y los fenómenos ocurridos en diversos países permiten determinar cuáles eran los problemas reconocidos, varios de los cuales dieron lugar a los términos a que se hacía alusión al principio de este artículo: reestructuración o reconversión industrial, desindustrialización, ajuste, desempleo, flexibilidad, etc. Pero hay que tener muy presente que la comprensión “socialmente aceptada” de estos problemas y fenómenos corresponde a la de una corriente del pensamiento económico: la llamada “neoliberal” (si bien en su interior se distinguen diversas posiciones).

Sin pretender jerarquizar: primero, se cuestiona no solo por los apologistas del capital y por las asociaciones empresariales, sino incluso desde diferentes gobiernos la falta de libertad de movimientos (del capital, por supuesto) “para adaptarse a las condiciones de la competencia”, aduciendo excesivas “rigideces” y la consecuente carencia de “flexibilidad”; segundo, so pretexto de las dificultades a que se enfrentan los capitalistas en la esfera de la acumulación se señala con particular énfasis la necesidad de lograr una mayor “flexibilidad del mercado de trabajo”; tercero, se cuestiona lo que se ha denominado el “sobredimensionamiento” del sector público, criticándose tanto lo que se conoce como “Estado del bienestar” como la presencia de excesivas “regulaciones”; cuarto, se desarrolla un conjunto de ramas que da lugar a una nueva revolución industrial alrededor de la microelectrónica y, quinto, sube a la palestra el problema de la inflación.

Particularizando, se detectan las siguientes importantes transformaciones en la economía mundial (y de la mayoría de las formaciones sociales que la componen):

1) La sobreacumulación de capital y la lentitud en el progreso tecnológico en algunos de los países del centro del sistema de ramas “maduras” como la siderurgia, la automotriz, la textil, la de la confección y la de astilleros, dieron lugar, por un lado, al cierre de plantas o a la reducción de los volúmenes de producción y, por otro lado, a la readaptación tecnológica de las plantas existentes.

En este sentido, cabe destacar tres aspectos, en relación con lo señalado en las partes anteriores de este artículo: primero, la sobreacumulación de capital es

una consecuencia inevitable del propio proceso capitalista de producción y, por ello, es algo "natural" al mismo. Segundo, la sobreacumulación de capital, en su aspecto de capital productivo¹², indica una capacidad de producción en exceso respecto a la demanda solvente: no es que se encuentren plenamente satisfechas las "necesidades sociales" del conjunto de "la población", sino tan solo las "necesidades sociales" de quienes pueden pagar por esas mercancías un precio que proporcione al capital la tasa de ganancia media. Y, tercero, las fábricas se cierran a pesar de que haya gente desocupada que puede y quiere trabajarlas: al cerrarlas, los capitalistas ciertamente ejercen "su derecho" a mandar al ejército industrial de reserva a quienes antes trabajaban allí.

2) El ascenso del protagonismo de Japón y de la RFA en las relaciones económicas internacionales, que han llevado al primero a convertirse en el principal acreedor mundial y a ambos a tener elevados superávits en la balanza comercial y en cuenta corriente, con un sustancial desarrollo de sus fuerzas productivas (comparable y en algunas ramas incluso superior al de EE.UU), han coadyuvado a alterar la división internacional del trabajo prevaleciente en las dos primeras décadas de la posguerra.

3) El surgimiento de varias formaciones sociales como potencias exportadoras (los llamados "Nuevos Países Industrializados, NPIs"), resultado en principio del traslado de tecnología e inversiones en actividades de baja composición orgánica proveniente de los países capitalistas de mayor desarrollo, provocó efectos similares a los enunciados para las actividades maduras ante la imposibilidad de competir en precio con las mercancías así producidas¹³ y/o dio lugar a medidas proteccionistas básicamente en los países más desarrollados (esto ha ocurrido principalmente en la industria automotriz, en la textil y en ramas productoras de mercancías denominadas de "electrónica de consumo" tales como radios, televisores, aparatos de "vídeo", en actividades agropecuarias, etc.)¹⁴.

La imposición de las medidas proteccionistas ha sido, al menos en parte, la respuesta de los diversos Estados como resultado de la contradicción provocada por un capital monopolista que se valoriza a escala mundial en sus fracciones

12. Algo semejante puede plantearse respecto a la mercancía misma como forma del capital.

13. "... Existe, por tanto, una relación entre la reducción del empleo industrial en los países desarrollados y el aumento del empleo industrial en empresas orientadas al mercado mundial de los países subdesarrollados". (Arriola, 1988, p. 158).

14. Simultáneamente han aumentado las presiones para la reducción o eliminación de las barreras proteccionistas (arancelarias y no arancelarias), en especial sobre aquellos países inmersos en los conocidos problemas de pago del servicio de la deuda externa.

más desarrolladas y aquellas fracciones no monopolistas del capital (o sea, aquellas que reducen su radio de acción al nivel local o, a lo sumo, nacional).

“... En los sectores en que perviven capitales a valorizar y realizar exclusivamente en el mercado nacional, los problemas son mayores, porque están en desventaja respecto al capital monopolista y su competencia. Pero en la medida en que, a su vez, constituyen parte importante del capital nacional, sus dificultades significan problemas políticos y sociales que el Estado tiene que afrontar. Y, además, al cumplimiento de este papel consustancial del Estado (legitimación) hay que añadir el propio interés de la Administración hacia sí misma: la base de su existencia es precisamente la existencia de la “diferenciación nacional”.” (Vidal y Martínez, *op cit*, p. 144; aquí, los autores se refieren a los Estados de las formaciones sociales del centro del sistema capitalista mundial).

4) El impulso dado a las fuerzas productivas con el desarrollo y, más importante aún, la difusión de las nuevas tecnologías basadas en la microelectrónica y la informática, que han alterado sustancialmente el proceso de producción inmediato elevando la productividad de la fuerza de trabajo, ha supuesto tanto la aparición de nuevas ramas de actividad como la necesidad de la renovación del equipo productivo a fin de mantenerse con capacidad y posibilidades de competir en la economía mundial.

5) La lucha de los movimientos “ecologistas” por lograr que se produzca en condiciones que no perjudiquen al medio ambiente afecto directamente al “corazón” de la valorización del capital: el proceso de producción inmediato. Sin embargo, esa lucha es en los hechos una presión más (aunque de origen externo a la competencia capitalista) por desarrollar las fuerzas productivas; como es natural, hasta la fecha los capitalistas se han venido oponiendo (y seguirán haciéndolo) con objeto de prolongar la vida útil de la maquinaria, el equipo y, en conjunto, de la tecnología en uso. Así, eventualmente y en la medida en que esos movimientos se generalicen con fuerza suficiente a nivel mundial, las fuerzas productivas y las mercancías que han surgido y seguirán surgiendo como resultado de aquellos movimientos podrán llegar a convertirse en las condiciones medias en las que el capital se verá obligado a competir en las ramas respectivas.

6) La ampliación generalizada de la escala de operaciones del capital a escala mundial y la mayor integración de sus diversas formas (productivo, mercantil y dinero de préstamo) establecen cada vez con mayor claridad que la competencia capitalista ocurre hoy día a escala internacional:

“Para hacerse una idea del peso que las multinacionales tienen ya en la economía mundial, baste decir que la cifra de negocios de las primeras 382 multinacionales industriales era, en 1980, de 2,75 billones de dólares (la suma de los

Productos Nacionales Brutos a precios de mercado constantes de 1970 de EE.UU., Gran Bretaña y Francia en ese mismo año de 1980 alcanzaba la cifra de 2,35 billones de dólares). De esas 382 empresas, 177 tenían la casa matriz en EE.UU., 47 en Japón, 40 en Gran Bretaña, 25 en la RFA, 23 en Francia, 8 en Canadá, y 38 en otros países de Europa Occidental. El empleo total de 369 de estas empresas era de 25,5 millones de personas. Los sectores en que invierte el capital multinacional son precisamente los básicos (energía y materias primas), motrices, y punta, de la nueva revolución tecnológica. La conjunción, por otra parte, de las empresas industriales y los Bancos internacionales, cada vez más estrecha, permite hablar de una hegemonía casi alcanzada ya en la actualidad, hegemonía que solo puede desarrollarse en sentido ascendente". (Vidal y Martínez, *op cit*, p. 141; tomado de Naciones Unidas, *Les Sociétés Transnationales dans le développement mondial. Troisième étude*, Nueva York, 1983 y de Banco Mundial, *World Tables*, 3ª ed., vol. 1, Washington, 1983).

7) En la década de los años setenta, pero con innegables efectos en la economía mundial hasta la fecha, ocurre el voluminoso endeudamiento de numerosos países de la periferia que agrava la profunda crisis por la que atraviesan, siendo hoy sin duda el elemento de presión más importante con que cuenta el capital (a través de sus instituciones: FMI, Banco Mundial, GATT, etc.), para subordinar a esos países a sus necesidades de acumulación¹⁵, ahondando y ampliando a la vez la brecha que separa a los países del centro de los de la periferia (véase Vidal, 1987). Asimismo, este problema es muestra del desarrollo alcanzado por la fracción bancaria del capital a nivel mundial.

8) Desde los años setenta se anuló la estabilidad cambiaria, dando lugar a la ruptura de los acuerdos de Bretton Woods (con anterioridad los EE.UU. habían suprimido unilateralmente la convertibilidad del dólar). Paralelamente, el FMI se ha convertido en la práctica en un mero intermediario del capital bancario transnacional ante los países deudores, forzando a estos últimos a seguir un proceso que hasta la fecha solo ha servido para resolver la difícil y peligrosa situación en que se encontraban los grandes bancos transnacionales y con ellos el sistema bancario mundial en 1982; sin duda, esto ha sido posible gracias al claro y decidido apoyo que han recibido el FMI y los grandes bancos de parte de los gobiernos de los países más desarrollados (a pesar de las supuestas recientes presiones del gobierno de George Bush para la negociación de lo que

15. Por supuesto que al interior de esas formaciones sociales las fracciones de capitalistas "nacionales" más vinculadas con las dominantes a nivel mundial impulsan medidas que inciden en la misma dirección que las del FMI, Banco Mundial, GATT, ETC.

ha sido llamado el "Plan Brady").

9) Las crecientes dificultades para financiar el déficit público de los gobiernos de los países capitalistas, aunadas a una concepción que privilegia su no intervención en la actividad económica, provocaron la adopción de medidas que tendieran a "sanear" sus finanzas y a reducir su participación en actividades productivas y de servicios, con efectos particularmente negativos en los rubros que constituyen lo que se denomina "salario indirecto" o "prestaciones sociales" en general. Cabe señalar que las actividades productivas asumidas por el Estado solían ser actividades poco rentables (o francamente no rentables) y que las "prestaciones" tendían, en los hechos, a socializar costos y a reducir las contradicciones sociales.

10) Atendiendo a las transformaciones ocurridas en los países capitalistas con mayor nivel de desarrollo, parecen irse formando tres "polos imperialistas": EE.UU., Japón y la CEE (donde la RFA mantendría el liderazgo tecnológico y económico, aunque con contrapesos en Francia e Inglaterra), lo cual está llevando a una redefinición de las zonas de influencia a escala mundial que ha comenzado con la formación de grandes "bloques" en los que aquellos países mantienen el liderazgo (en el caso de Estados Unidos, el "bloque" lo es claramente con Canadá, y en el caso de Japón con los países de la "Cuenca del Pacífico"); pero hay que recordar que:

"... Los capitalistas no se reparten el mundo llevados de una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten "según el capital", "según la fuerza"; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y del capitalismo. La fuerza varía en consonancia con el desarrollo económico y político..." (Lenin, 1917, p. 83).

No obstante esa creciente presencia de la RFA y el Japón, los Estados Unidos mantienen una incuestionable supremacía militar, junto a un cada vez más discutido liderazgo económico y tecnológico; pero "... el relativo declive de los Estados Unidos no elimina, sin embargo, la hegemonía de este país en la circulación internacional de la tecnología, hegemonía que se ve fortalecida al ser los Estados Unidos el principal proveedor de tecnología a los otros países desarrollados..." (Arriola, 1988, p. 197).

Aunque la historia de la fase imperialista del capitalismo es demasiado corta como para afirmar o negar la viabilidad de la coexistencia de tres grandes polos, la historia del capitalismo nos hace tener serias dudas acerca del sostenimiento de una situación como la descrita en el largo plazo.

11) A lo anterior se aúna la desintegración del bloque de países de Europa del Este y su manifiesta inclusión en la esfera del capitalismo, propiciando con ello

una cierta transformación en la división internacional del trabajo. Si bien en términos globales dichos países pueden convertirse en una gran "bola de oxígeno" que dé un nuevo impulso al modo de producción capitalista, son muchas las cosas que aún están por definirse.

En este sentido, hay que distinguir tres casos. Primero, de seguirse los cauces que se han ido acordando, la práctica absorción de la RDA por la RFA tenderá a fortalecer aún más el predominio de la futura Alemania en la CEE y su relevancia en el sistema capitalista mundial. Segundo, especial importancia y trascendencia tendrá la modalidad de inserción que adopte al URSS (o lo que quede de ella) dado su actual peso económico, político y militar, además de su capacidad científica y tecnológica (véase Bastida, 1989), así como por haber sido Rusia la primera formación social europea donde tuvo lugar y triunfó una revolución socialista en sus orígenes y donde surgió y se formó la burocracia estalinista, centro de poder del hoy aparentemente desintegrado bloque; sin duda, la URSS seguirá siendo un país a tener en cuenta a nivel mundial en el futuro. Tercero, hoy resulta difícil siquiera pensar que el resto de países puedan llegar a constituirse a medio plazo en verdaderos centros mundiales al estilo de EE.UU., Alemania o Japón a pesar de que, como en el caso de Checoslovaquia, tengan muchos años de historia industrial; de ser cierto esto, el futuro de Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania y Yugoslavia se decantará entre algunas de estas tres alternativas básicas: que se constituyan en países con un desarrollo de cierta importancia, pero con carácter secundario a nivel mundial (como es el caso de España), que se conviertan en parte de la periferia europea (como Turquía, por ejemplo¹⁶) o, finalmente, que sigan manteniendo una fuerte dependencia de la URSS; ciertamente, es muy probable que dichos países sigan caminos distintos (véase Ministerio de Economía y Hacienda, 1989¹⁷). Sin embargo, en cualquiera de ellos todavía quedan pendientes la posibilidad de respuesta organizada de las masas trabajadoras contra la disciplina y la lógica capitalistas, así como el vencer la resistencia de los grupos desplazados del poder.

16. El libro de Vidal establece una tipología de 94 países con base en 29 variables de tipo macroeconómico, social, demográfico, de comercio exterior y de dinámica económica, definiendo dos grandes categorías: centro (25 países) y periferia (los 69 restantes); a su vez, la periferia la divide en dos grupos: países intermedios (36) y pobres (33) y cada uno de estos dos grupos los subdivide en tres subgrupos (I, II y III). Según esa tipología, España forma parte de manera consistente de los países del "centro" del sistema (así sea de los rezagados) y Turquía constituye parte de la "periferia".

17. En particular, véase el artículo de E. Palazuelos, pp. 99-120, en el que se analizan las similitudes y divergencias de las estructuras industriales de Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania y la URSS.

No obstante lo anterior, hay que tener muy presente que "... Las predicciones confiables en esta etapa están fuera de lugar; quienes esperen sorpresas es probable que no queden desilusionados" (Sweezy, 1989, p. 12).

Todas estas transformaciones, entre otras, configuran y se presentan a partir de la crisis mundial a que ya se hizo referencia. Sin embargo, hay todavía otra transformación fundamental en prácticamente todas las formaciones sociales capitalistas, la cual consideraremos en el siguiente apartado de este artículo; esta es:

12) Han habido cambios sustanciales en la relación capital-trabajo que han significado un claro retroceso en las condiciones objetivas y subjetivas para la venta de la fuerza de trabajo en perjuicio de esta última y que se han traducido no solo en el aumento del desempleo, sino a partir de ello incluso en la pérdida de conquistas logradas tras años de lucha.

CAMBIOS EN LA RELACIÓN CAPITAL-TRABAJO

La amplitud, la profundidad y el carácter de la crisis vuelven insuficiente contentarse con analizar solo los hechos exclusivamente "económicos" o considerar que la mera reactivación de los mercados supone su superación; la actual fase de crisis ha alterado las relaciones entre las clases sociales, ha redefinido la importancia y las funciones de las formas de organización tradicionales de dichas clases sociales (en particular las de la clase trabajadora) y ha reasignado el papel del Estado.

En este apartado nos limitaremos a plantear varios de los cambios más importantes en la relación capital-trabajo ocurridos en el interior de los principales países capitalistas durante la actual etapa de crisis, cambios que han tenido lugar al calor de la propagación de las ideas y propuestas de la llamada corriente "neoliberal" e impulsados a nivel del sistema por los diversos Estados sin importar mayormente la filiación política de las fuerzas que detentan el poder:

"Los 1980s han sido años de crisis y de cambios para el movimiento obrero en Europa y América...

"... los gobiernos socialistas y conservadores han impuesto programas semejantes de austeridad a su renuente movimiento obrero..." (Hall, 1987, p. 3; véase también Dumont, 1987).

Sin duda, uno de los efectos inmediatos de la crisis en los países capitalistas, producto del cierre de empresas y de la disminución de su actividad, es el desempleo; esto es, la reducción en la cantidad de fuerza de trabajo en activo y el consecuente aumento del ejército industrial de reserva:

“... entre 1974 y 1983, los países industriales avanzados perdieron ocho millones de puestos de trabajo en la manufactura... Nos referimos a una pérdida de veinte por ciento de trabajos manufactureros en Europa Occidental en diez años y de ocho por ciento en EE.UU. como muestras de la primera fase de involución industrial...” (Peet, 1987, p. 21).

O bien, “... la reducción en la escala de operaciones o el cierre de empresas de la industria pesada ha eliminado fuentes de empleo para cientos de miles de trabajadores en los países industrializados de Europa y Norte-América en un periodo de tiempo muy breve...” (Vogel, 1987, p. 315).

Pero simultánea y conjuntamente con el incremento del paro ha habido una caída significativa en el nivel de vida entre las masas trabajadoras no solo de los países de la periferia, sino también entre los del centro, a tal grado que ha llevado incluso a “... una limitada pero muy real difusión de la miseria masiva en la zona central...” (Arrighi, *op cit*, p. 51) y que ha hecho que “... la realidad de la política gubernamental (consista), pues, en “socializar la austeridad” necesaria para la reordenación de las empresas capitalistas y en gestionar el paro...” (Grefe, 1981, p. 202)¹⁸.

Las consecuencias de la pérdida de empleos son particularmente graves si esta ocurre durante una recesión más o menos generalizada o si sucede en localidades de pequeña dimensión, pues las posibles ocupaciones alternativas son inexistentes; ambos casos dan lugar, por un lado, a una cierta competencia entre los propios trabajadores desocupados por acceder a los pocos empleos vacantes que se ofrecen y, por otro lado, a que los trabajadores en activo se vean forzados a aceptar condiciones de trabajo otrora impensables (no solo en lo que se refiere a la cuestión salarial).

Pero aún, la recuperación del empleo ha ido de la mano de la demanda de la clase capitalista por lograr una mayor “flexibilidad” en la contratación y la utilización de la fuerza de trabajo, exigiendo la anulación de lo que consideraban “rigideces”; aunque, en realidad, “... la ‘flexibilidad’ ha sido una herramienta de legitimación fácil de manejar...” (Pollert, 1988, p. 43) y constituye para el capital “... una necesidad percibida para eliminar las restricciones legales en el empleo del trabajo y, por extensión, recuperar prerrogativas...” (Streeck, 1987, p. 64).

18. En última instancia, el objetivo final del conjunto de políticas gubernamentales en cualquier sistema político es precisamente garantizar la permanencia y reproducción de las relaciones sociales de producción en beneficio de los intereses dominantes del sistema. Sin embargo, hay múltiples variantes posibles que preservan lo esencial de las relaciones sociales que definen al modo de producción capitalista (para comprobarlo, basta comparar entre sí cualquier conjunto de formaciones sociales capitalistas).

Principalmente en los años setenta, el denominado “enriquecimiento de tareas” fue la respuesta a la creciente alienación y protesta de la clase trabajadora por las condiciones de trabajo en el interior de las fábricas; no debe olvidarse que el “mayo francés” y el “otoño caliente italiano” de los sesentas fueron motivados en buena medida por esas razones, y que este fue también un problema en los Estados Unidos, aunque en ese caso: “La expresión del descontento tomó más bien formas individuales: el turnover, el absentismo, la insubordinación, e incluso el sabotaje alcanzaron niveles alarmantes...” (Marglin, 1981, p. 229¹⁹); sin embargo, conforme avanzó la crisis y aumentó el desempleo, los empresarios se volvieron contra lo que habían sido conquistas del movimiento obrero tras años de lucha, denunciándolas como “rigideces” que había que eliminar²⁰. Así, en síntesis, el interés de los capitalistas por la “flexibilidad” no es sino la búsqueda de mejores condiciones de valorización de su capital, esto es, de condiciones de trabajo que aumenten el grado de explotación de la fuerza de trabajo, o, lo que es lo mismo, que incrementen la tasa de plusvalor.

Es reconocido que en la segunda mitad de los años ochenta disminuyó sensiblemente la tasa de desempleo en la mayoría de los países capitalistas avanzados con excepción de los que integran la CEE, aunque sin llegar a las tasas que imperaban en los años sesenta (para ello basta mirar cualquier número reciente de OCDE, *Main Economic Indicators*, París, y comparar las cifras con las de OCDE, 1984). Lamentablemente, esta recuperación del empleo ha sido a costa de condiciones de trabajo peores a las existentes veinte años atrás.

Son numerosos los trabajos que dan cuenta del deterioro en las condiciones de venta de la fuerza de trabajo en las economías capitalistas durante los últimos años: a nivel general, la Oficina Internacional del Trabajo señala, para el conjunto de países de la OCDE que: “Hay una tendencia global para las industrias en ascenso a tener una proporción relativamente alta de trabajo de tiempo parcial y temporales, así como de mujeres en su fuerza de trabajo...” (*International Labour Office*, 1989, p. 229), pero téngase en consideración que, según se señala en esa misma publicación: “... En la CEE, por ejemplo, las mu-

19. En ese mismo artículo se hace un crítica de la estrategia capitalista del “enriquecimiento de tareas”.

20. Aunque referido al tema de la “desregulación” o “deregulación” en EE.UU., el artículo de Szasz (1986) es sugerente en cuanto a respuestas a las preguntas del porqué y del cómo de los enormes cambios habidos en los países capitalistas, así como de las implicaciones que estos cambios pueden tener en lo que se refiere a la concepción del Estado. Entre otras cosas, en ese artículo se muestra que la desregulación en los EE.UU. no empezó con el gobierno de Reagan (con quien sí alcanzó cotas insospechadas), sino con el de Ford 91974-1976), cuando se limitó el alcance de la *Occupational Safety and Health Administration*.

jeros ganan solo el setenta por ciento de los ingresos de los hombres...” (p. 250), lo cual significa, entonces, una menor masa salarial por la misma cantidad de trabajo.

En el caso de EE.UU. parecen haberse difundido dos prácticas principalmente entre las grandes empresas: el pago de salarios marcadamente inferiores para los trabajadores de nuevo ingreso y el pago de sumas globales que no se integran en la estructura del salario base en sustitución de los aumentos regulares²¹ (Kassalow, 1988, pp. 565-566); es más, algunos sindicatos han llegado a hacer concesiones salariales a cambio de obtener seguridad en el empleo (*ibídem*, p. 566). En ese mismo país, la mitad de los trabajadores desplazados que logran encontrar una nueva ocupación tiene que aceptar ingresos menores a los que tenía en los trabajos previos (*International Labour Office*, 1987, p. 639, véase también Carnoy, 1986), pues se reconoce que de 1973 a 1985 “... los nuevos empleos han sido creados en industrias con salarios generalmente menores que los de las industrias en que se han perdido empleos”. (Costrell, 1990, p. 95). Los problemas no terminan allí: la mayoría de los que encontraron trabajo de tiempo parcial preferirían tener uno de tiempo completo (*International Labour Office*, 1988, p. 103).

La situación no ha sido más halagüeña en el resto de países de la OCDE: en la mayoría de ellos, la proporción de la remuneración de los asalariados respecto al PIB ha disminuido de 1979 a 1985, resultado de la aplicación de una política de “moderación” salarial para reducir la inflación, por lo que “... En muchos países se ha debilitado, suspendido o suprimido la escala móvil, al paso que los gobiernos han empezado a imponer una fuerte restricción salarial a los trabajadores del sector público...” (Ginneken, 1987, p. 406²²). Más aún, para el caso de la CEE, el “Informe Económico Anual de la Comisión Europea, 1989-1990” reconoce la existencia y la importancia del “sustancial ajuste de los salarios” para el caso de España, Irlanda y Portugal, y lo recomienda para Grecia (Ministerio de Economía y Hacienda, 1989, p. 4317), además de señalar, para la Comunidad en su conjunto, que “... El moderado aumento de los salarios reales con respecto a la productividad, ha constituido la principal razón de la recuperación de la tasa de rendimiento del capital productivo...” (p. 4317).

21. La práctica de los pagos únicos en lugar de incrementos al salario base no se limita al caso de los EE.UU., sino que se ha venido aplicando en otros países del centro y de la periferia. Las ventajas que tiene esta opción para el capital son evidentes: los futuros aumentos salariales, el pago de compensaciones y primas como porcentaje del salario base, así como las pensiones y los finiquitos por despido, entre otras partidas, se reducen más cuanto más bajo se mantenga el salario base.

22. En ese artículo se analiza, país a país, la evolución de la política salarial en la OCDE de 1971 a 1986.

Así, el problema no termina con el desempleo y la consecuente e inmediata reducción en los ingresos, sino que con frecuencia las nuevas ocupaciones no proporcionan el mismo nivel de renta ni de estatus social; muchos de los trabajadores despedidos sufren, primero, una pérdida prolongada de ingresos por la dificultad de encontrar un nuevo trabajo²³ y por los cambios en las políticas de protección social que han pasado del crecimiento al rigor e, inclusive, a la austeridad (Dumont, *op cit*, p. 45), pues:

“Cuando no ha existido la obligación de revalorizar anualmente las prestaciones, los poderes públicos han tendido, sobre todo en los países en desarrollo, a congelarlas durante períodos prolongados. Cuando ha estado previsto el reajuste anual, los gobiernos han procedido simplemente a modificar la reglamentación, por ejemplo, en la RFA, Bélgica, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Italia y Suecia”. (Dumont, *op cit*, p. 46).

Para el caso de los EE.UU., a finales de 1987 y como resultado de las severas restricciones impuestas desde el gobierno: “Cerca del 71 por ciento de los anotados en las listas de desempleados no recibían ningún beneficio del desempleo a pesar de que el programa para poner un límite a la miseria económica a los expulsados de las nóminas existe desde hace medio siglo...” (*International Labour Office*, 1988, p. 102).

Contrariamente a lo que suele pensarse al respecto, nadie está inmune a pasar a formar parte del ejército industrial de reserva, sin importar el empleo que tenga; no obstante, de esto no debe deducirse que todos sean igualmente vulnerables ante la disminución de operaciones de una empresa: según Peet (*op cit*, pp. 75-79), en el caso de EE.UU. los grupos de población más vulnerables ante el despido son, en términos generales, las “minorías no blancas”, así como las mujeres y las personas de edad madura, para quienes, además, la re-ocupación es más difícil (*International Labour Office*, 1987, p. 639). En cuanto a Europa Occidental, desde el surgimiento del paro en gran escala los gobiernos “incentivaron” la jubilación anticipada de los trabajadores en edad madura; sin embargo, en realidad “... la jubilación anticipada suele ser un eufemismo para denotar las medidas destinadas a desanimar a determinadas personas de seguir formando parte de la población económicamente activa, y para la mayoría de los trabajadores es sinónimo de empobrecimiento precoz” (Standing, 1986, p. 408), pues suelen traducirse en una pérdida del veinte al treinta por ciento en los ingresos de los afectados (Dumont, *op cit*, p. 53); además de que en sí misma la jubilación anticipada puede ser causa de la aceleración del envejecimiento (Standing, *op*

23. Por ejemplo, en la CEE el porcentaje del paro de larga duración respecto al paro total ha sido, aproximadamente, del cincuenta por ciento (Barroso, 1987, p. 79).

cit, p. 411).

Así, en síntesis, la crisis misma ha provocado grandes cambios en las relaciones entre el capital y el trabajo a nivel del sistema y de sus formaciones sociales. En cierto sentido, la crisis ha venido a "disciplinar" a la fuerza de trabajo haciéndola retroceder en conquistas logradas durante los años cincuenta, sesenta e, incluso, setenta. Este es el objetivo último de la denominada "flexibilización" del mercado de trabajo, o sea, modificar las condiciones objetivas y subjetivas para la venta y uso de la mercancía fuerza de trabajo en el proceso de producción inmediato en beneficio del capital, lo cual se ha traducido en un debilitamiento generalizado de las organizaciones sindicales y en tener que aceptar condiciones de trabajo difícilmente imaginables años atrás como, por ejemplo, mayor proporción de contratos a tiempo parcial y temporales, eliminación de cláusulas de los convenios colectivos de trabajo, menores salarios (no en términos nominales, por supuesto, sino reales), etc.

El desarrollo de las fuerzas productivas ha permitido dividir el proceso de trabajo en sus diversas fases o actividades, ha reducido los costos de transporte y ha posibilitado la organización, control y administración de los recursos en diversos puntos del globo terráqueo simultáneamente. Este conjunto de elementos, aunado a la existencia de grandes masas de trabajadores desocupados, con muy bajos salarios (en comparación con los del centro) y con mínimos niveles de experiencia y de organización para enfrentarse al capital que opera a escala mundial, dieron lugar al traslado de las actividades que en sí mismas tienen una menor composición orgánica desde los países del centro a diversos países de la periferia, constituyendo "plataformas de exportación" hacia las propias economías centrales (véase Fröbel, *et al*, *op cit*). Aunado a ello, los gobiernos de los países periféricos han entrado en competencia por atraer a estos capitales ofreciéndoles atractivas condiciones fiscales, legales, de repatriación de beneficios, de inversión, etc. (En una situación semejante se encuentran también países como España, Grecia, Irlanda y Portugal cuando alguna de las grandes empresas transnacionales estudia la posibilidad de invertir en la CEE, aprovechando que se trata de lugares con salarios bajos respecto a los demás miembros de la Comunidad y con una productividad media del trabajo más alta que la de muchos países periféricos, además de que desde allí podrían vender al conjunto de la CEE librándose de las barrerasproteccionistas²⁴).

24. En este sentido, consideramos que, aunque con sensibles diferencias como las aquí señaladas, tanto los países periféricos como los anotados del centro constituyen el denominado "mercado mundial de emplazamientos para la producción" planteado por Fröbel, *et al* (*op cit*).

El futuro inmediato, en cierto sentido, resulta poco halagüeño y hay que distinguir entre las perspectivas en los países del centro y de la periferia.

En cuanto a los países centrales, el crecimiento registrado durante los últimos años ha cambiado ligeramente las condiciones para algunos sectores de trabajadores²⁵, aunque la situación global aún no se ha alterado notoriamente: en efecto, si bien no ha concluido el proceso de “reconversión industrial” en todos los países del centro, si ha concluido por lo pronto el cierre masivo de empresas, la introducción de las nuevas tecnologías es cada vez más amplia y parece haberse reducido la velocidad y la presión por eliminar o recortar los denominados “gastos sociales” estatales. Pero esto no se ha traducido todavía ni siquiera en la recuperación de las condiciones prevalecientes a principios de los años setenta.

En cuanto a la mayor parte de los países periféricos, estos se encuentran inmersos en un aparentemente interminable proceso de deterioro en las condiciones de vida y de trabajo, proceso que a la vez amplía y profundiza la brecha que los separa de los países del centro. La salida de esa situación no parece cercana ni sencilla, avalando aparentemente con ello tesis como la propuesta por Samir Amín (1988) de cara a la única alternativa que tienen dichos países para un auténtico desarrollo en el futuro: su desconexión.

25. Es el caso, por ejemplo, de los trabajadores del metal de la RFA, quienes recién lograron la jornada de 35 horas semanales que se implantará a partir de 1995; sin duda, el resto de trabajadores de ese país buscará obtener la misma conquista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGLIETTA, M., AMIN, S., et al (1981), *Rupturas de un sistema económico*, Madrid, H. Blume Ediciones.
- AMIN, S. (1988), *La Desconexión. Hacia un sistema mundial policéntrico*, Madrid, IEPALA Editorial.
- ARRIGHI, G. (1990), "Marxist century, american century: the making and remaking of the world labour movement", en *New Left Review*, núm. 179, enero-febrero, Londres, pp. 29-63.
- ARRIOLA, J. (1988), *Los Nuevos Países Industrializados (Transferencias tecnológicas y subdesarrollo)*, Madrid, IEPALA Editorial.
- BANCO MUNDIAL (1988), *Informe sobre el desarrollo mundial 1988*, julio, Washington.
- BANCO MUNDIAL (1989), *Annual Report 1989*, agosto, Washington.
- BARROSO, J (1987), "La política de empleo en la CEE. Una nueva estrategia", en *Información Comercial Española*, núm. 651, noviembre, España, pp. 69-80.
- BASTIDA, B. (1989), "Las condiciones del atraso tecnológico en la URSS", en *Información Comercial Española. Revista de Economía*, Núm. 674, octubre, España, pp. 121-133.
- BOYER, R. (1984), "Relación salarial, acumulación y crisis: 1968-1982", en P. Jódar y A. Martín Artiles (coords.), *Crisis económica y relaciones industriales. Ensayos sobre el conflicto capital/trabajo. Estrategias y alternativas*, Madrid, Grupo Cultural Zero, pp. 207-237.
- CARNOY, M. (1986), "Efectos de las técnicas más avanzadas en los mercados internacionales de trabajo", en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 105, núm. 1, enero-marzo, Ginebra, pp. 33-52.
- COSTRELL, R. m. (1990), "Methodology in the 'Job Quality Debate'", en *Industrial Relations*, vol. 29, núm. 1, invierno, California, p. 94-110.
- DUMONT, J.P. (1987), "Los sistemas de seguridad social ante la crisis económica", en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 106, núm. 1, enero-marzo, Ginebra, pp. 43-63.
- FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (1989), *Anuario 1989*, vol. XLII, Washington.
- FRÖBEL, F., HEINRICHS, J. y KREYE, O. (1980), *La Nueva División Internacional del Trabajo (Paro Estructural en los Países Industrializados e Industrialización de los Países en Desarrollo)*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, S.A.
- GINNEKEN, W. VAN (1987), "Las políticas salariales en los países industria-

- lizados con economía de mercado, 1971 a 1986. Del control a la libre negociación", en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 106, núm. 3, julio-septiembre, Ginebra, pp. 381-408.
- GREFFE, X. (1981), "<<El desbroce>> o algunas tendencias recientes en la política social", en M. Aglietta, S. Amín, *et al*, *op cit*.
- HALL, P.A. (ed.) (1987), "European Labor in the 1980s", en *International Journal of Political Economy*, vol. 17, núm. 3, verano, Nueva York.
- INTERNATIONAL LABOUR OFFICE (1987), *Social and Labour Bulletin*, núm. 4, diciembre, Ginebra.
- INTERNATIONAL LABOUR OFFICE (1988), *Social and Labour Bulletin*, núm. 1, marzo, Ginebra.
- INTERNATIONAL LABOUR OFFICE (1989), *Social and Labour Bulletin*, núm. 3-4, septiembre-diciembre, Ginebra.
- KASSALOW, E.M. (1988), "La negociación de concesiones: ¿Un nuevo papel para los sindicatos y las direcciones de empresa en los Estados Unidos?", en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 107, núm. 4, octubre-diciembre, Ginebra, pp. 561-584.
- LENIN, V.I. (1917), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Editorial Progreso, 1979.
- LIPIETZ, A. (1989), "The debt problem, european integration and the new phase of crisis", en *New Left Review*, núm. 178, noviembre-diciembre, Londres, pp. 37-50.
- LODGE, G.C. y VOGEL, E.F. (eds.) (1987), *Ideology and national competitiveness. An analysis of nine countries*, Boston, Harvard Business School.
- MARGLIN, S. (1981), "Cómo atrapar las moscas con la miel", en M. Aglietta, s. Amín, *et al*, *op cit*, pp. 223-239.
- MARX, C. (1859), *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Ediciones Librerías Allende, S.A., 1978.
- MARX, C. y ENGELS, F., *El Capital*, México, Siglo Veintiuno Editores, S.A., 1983 (En el texto se indican el tomo y el volumen del que se extrae la referencia).
- MINISTERIO DE ECONOMIA Y HACIENDA (1989), "Informe Económico Anual de la Comisión Europea, 1989-1990", en *Información Comercial Española. Boletín Económico*, núm. 2 206, 6 al 12 de noviembre, Madrid, pp. 4 315 - 4 323.
- MINISTERIO DE ECONOMIA Y HACIENDA (1989), "Reforma y Apertura de las Economías del Este", en *Información Comercial Española. Revista de Economía*, núm. 674, octubre, Madrid.
- OCDE (1984), *Main economic indicators. Historical Statistics: 1964-1983*,

París.

- PALAZUELOS, E. (coord.) (1988), *Dinámica capitalista y crisis actual*, Madrid, Ediciones Akal.
- PEET, R. (ed.) (1987), *International capitalism and industrial restructuring*, Boston, Massachusetts, Allen and Unwin.
- POLLERT, A. (1988), "Dismantling flexibility", en *Capital and Class*, núm. 34, primavera, Londres, pp. 42-75.
- STANDING, G. (1986), "Flexibilidad de la mano de obra y marginación de los trabajadores de edad madura: propugnación de una nueva política", en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 105, núm. 3, julio-septiembre, Ginebra, pp. 393-416.
- STREECK, W. (1987), "The uncertainties of management in the management of uncertainty", en P.A. Hall (ed.), *op cit*, pp. 57-87.
- SWEETZY, P. (1989), "U.S. Imperialism in the 1990s", en *Monthly Review*, vol. 41, núm. 5, octubre, Nueva York, pp. 1-17.
- SZASZ, A. (1986), "The reversal of federal policy toward worker safety and health", en *Science & Society*, vol. L, núm. 1, primavera, Nueva York, pp. 25-51.
- VIDAL, V., J.M. (1987), *Evolución y Cambios Estructurales en la Economía Mundial, 1960-1980*, Madrid, Fundación Banco Exterior.
- VIDAL, V., J.M. y MARTÍNEZ, P.J. (1987), *Estructura Económica y Sistema Capitalista Mundial*, Madrid, Ediciones Pirámide, S.A.